

## **DE MI LIBRETA DE VIAJERO**

**Por: IGNACIO RIVAS PUTNAM.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 4, Volumen X  
Cuarto Trimestre de 1952*

(Recuerdos de excursiones por el sur de Colombia).

**C**onseguida la embarcación para el transporte, fue necesario conducirla por el lecho frágil y agresivo del Hacha, hasta el puerto de Marsella, situado en la desembocadura del mismo en la margen derecha del Ortegusa, tarea que realizó Julián con éxito pleno, pero con riesgos y esfuerzos sobresalientes, porque ninguno de nosotros sabía el arte de navegar en canoa. Un boga experto en los raudales del Hacha fié su compañero y piloto de la embarcación.

La gran curiosidad que despertaba en mi imaginación la posibilidad de encontrar indios salvajes, quedó satisfecha una tarde cuando arribó a Florencia una canoa procedente del Caquetá la cual venía tripulada por indios Coreguajes o Correguaques como en la antigüedad se les llamaba, como bogas.

La llegada de una piragua en ese puerto era un acontecimiento siempre esperado, pero también siempre inusitado, alegre y divertido, y sabedores de la noticia nos trasladamos a la playa de "La perdiz" para ver la llegada de los viajeros.

Era una gran canoa de un cauchero de apellido Gutiérrez, traficante desde hacía mucho tiempo en esas soledades, experto en el negocio y conocido de las tribus indígenas.

Al puerto llegamos casi al mismo tiempo que la esperada embarcación y gozamos de la maniobra ejecutada para su arribo.

Eran tres los indios que la conducían: el piloto asentado en la popa empuñaba un gran canaleta primorosamente hecho, pintado de vivos colores, que le servía de timón y lo manejaba con tanta maestría, que ni una gota de agua salpicaba la canoa, sólo por la estela que dejaba en las ondas, se adivinaba su existencia. Era el mayor de los tres, y ciertamente un sabio en su oficio. Los dos compañeros que empuñaban las pértigas terminadas en orqueta. Se movían dentro de la canoa con un ritmo, una soltura y una elegancia incomparables, trenzándose a su paso, el uno frente al otro, en la angosta embarcación como felinos ágiles y nervudos. Vestían cusmas tejidas con lienzo de la tierra, descotadas en triángulo, sin mangas, que le llegaban a las rodillas, collares de colmillos de tigre engalanaban sus cuellos, y en las muñecas, bíceps, rodillas y tobillos lucían "la Chaquira" formada por grandes sartas de cuentecillas de colores agradablemente combinados...

Eran hombres esbeltos, fuertes, arrogantes. Musculatura poderosa se veía en sus muslos, sus pantorrillas y sus hombros, y era agradable ver el as de nervios contraído en el esfuerzo de sus ágiles cuerpos.

Estaban pintados con esmero y gusto de negro y rojo, depiladas sus cejas y sus pestañas, negros los ojos lo mismo que los cabellos partido por el centro cayendo casi hasta los hombros. En la ternilla de la nariz perforada llevaban unos delgados canutillos del vástago de la flor de caña-brava, llamado guache, adornados con plumas delicadas encarnadas y verdes, y de las orejas pendían unos triángulos de plata resplandecientes como espejos.

Era un bello espectáculo aquél, y la canoa al impulso vigoroso de sus cuerpos apoyada en las pértigas atracó en la playa, dulce y suavemente como una paloma que se posa.

Sañú pai ke, fue la frase de saludo al llegar, y luego pa mué, al despedirse.

Mi curiosidad estaba en parte satisfecha, pero aunque yo veía aquellos seres con los cuales había soñado tantas veces, los observaba y los tocaba, ellos como todo aquello que se anhela en la vida y se obtiene, no correspondía a lo que la imaginación había tejido alrededor de la vida salvaje y misteriosa de esos moradores de las selvas.

La visión de mi indio, la que yo llevaba dentro de mí, exaltada por las lecturas exageradas de muchos escritores que solamente con la imaginación habían visto estas razas en su estado primitivo y montaraz, era otra.

Lo enmarcaría dentro de la selva inmensa un panorama grandioso de verduras cambiantes, árboles corpulentos con el musgo gris pegado a sus costados, festones que caerían de sus gigantes ramas como flecos de esmeraldas, tapiz de seca hojarasca muelle y dulce donde se hundían los pies, sierpes mortales ahítas de veneno y almíscle, trenzadas con la parda vejucada prontas al mordisco inexorable, aves hermosas de dorados plumajes y alegre canto; pumas y jaguares elásticos y bellos asechando el zarpazo que destroza las carnes, hormigas que disuelven la vida con sus pinzas diminutas, aceradas, inmisericordes y voraces; charcas activas de miasmas letales que nunca reflejaron el azul de los cielos en sus aguas malsanas, enclavadas en lo más espeso de la montaña como avanzadas de la ciénaga gigante, ilímite, donde aún revienta el trueno de reptiles anti diluvianos, simios nerviosos y agigantados que como pequeños retratos caricaturescos llevan aún en sus rasgos faciales la prehistoria del hombre.

La flora descomunal de perfumes venenosos, toda la fauna desbordada y prolífica, y en medio de todo, el indio, el hombre, luchando contra todo y venciendo todo para poder sobrevivir. Desnudo y pintado de achote para precaverse de los zancudos y los moscos, confundido en su mimetismo con el color rojo oscuro de los troncos gigantes, el arco y las flechas colgados a su espalda, y la rústica, perfecta y eficaz cerbatana tendida hacia adelante en línea horizontal, apoyada en la boca y lista a lanzar el dardillo delicado y agudo, que emponzoñado con las neurotoxinas del curare, lleva muerte instantánea.

Todo el esfuerzo de la naturaleza en su lucha eterna para la conservación de las especies tan inútil y tan efímera en el seno de la materia concentrado en facultades extraordinarias y en sentidos admirables que ha perdido el hombre civilizado— para hacerlo supervivir victorioso en medio a tantas hostiles circunstancias.

El corregidor y algunos habitantes de Florencia nos acompañaron una mañana de sol y de calor hasta el cauce del Hacha.

Allí nos despedimos y penetramos en la selva...

Cuando el hombre no tiene la costumbre de la montaña, cuando sus pasos solamente han medido el pavimento de las ciudades, donde las facultades naturales se atrofian por falta de ejercicio, donde los ojos no ven sino paredes a su frente, el oído no percibe sino el ruido monocorde de la colmena inmensa, donde los músculos no se distienden ni se crispan en esfuerzo de defensa, donde solamente el cerebro funciona vertiginosamente para hacer el mal y vivir de él, en esa cárcel de muros y de

edificios, casi sin sol, con el aire viciado por todas las exhalaciones humanas y sus cloacas dañinas, con la visión de la miseria que se arrastra entre vitrinas de diamantes, pieles de armiño y brocados de seda, con la imprecación a flor de alma y hambre en las flácidas fauces. Donde la decantada libertad humana queda derrocada por la tablilla que dice "no pase", "no entre", "no escupa", "no haga ruido", "no pise el prado", "no cruce la calle", "sea breve", "no nos de la mano" etc. etc., se convierte en el más inútil de los seres vivientes para vivir en ella.

El vértigo de la montaña va embriagando los sentidos y a los pocos minutos de penetrar en su ancho corazón, todo es igual, los árboles son unos mismos, las sendillas y las trochas iguales, el aire satura con perfumes idénticos y el cielo no se ve. Puede andarse alrededor de un minúsculo radio por toda la vida, sin apercibirse del laberíntico error.

En cuanto a mí, al penetrar en esta infinita, espléndida y mortal bóveda de verdura, me sentía lleno de agilidad; mis pies despojados ya de las incómodas botas de cuero, y calzados con alpargatas de fique, se movían vigorosos y elásticos; la imaginación se perdía tras los ojos, y los oídos, tratando de perforar la maraña y descubrir la fiera, y todas mis moléculas impregnadas sin duda de lo que fueron allá, en la lejana época de Piteco, hacían latir mi corazón con ritmo maravilloso de euforia y energía.

No perdimos la trocha, y después de transcurridas seis horas de marcha rápida, estorbada en veces por los troncos caídos y por las bejucadas espinosas que se aferraban a las telas de los vestidos y arañaban las carnes, llegamos a las orillas del río Ortegusa en el punto donde confluye el Hacha. Una canoa nos fue enviada y pasamos por sobre su lomo de plata, a Marsella.

Este era el nombre de una pequeña fundación agrícola que a despecho de todas las asperezas de la tierra y el clima, cultivaba y mantenía anémico y palúdico, con su grávida mujer, un buen sujeto de carácter alegre y ojos profundos, de apellidos Andrade (Anselmo).

En un caney abierto a todos los vientos y al sereno húmedo de la noche, nos instalamos guindando las hamacas de los estantillos que lo sostenían. Era una ramada estrecha y en el suelo debajo de nuestras hamacas, dormían los perros, los cerdos y un hombre abotagado y caquético que ya se preparaba para morir.

En el ángulo del cobertizo habían cubierto con hojas de palma un pequeño reducto, formando una habitación donde moraba la pareja dueña de la fundación.

En el triángulo que formaban las dos corrientes al confluír, montaña adentro, habían hecho un pequeño desmonte sembrándolo de yuca, ñame, batatas, unas pocas matas de caña de azúcar y plátano real (musa paradisíaca) lo que con unos pocos cerdos y siete gallinas, el caney, la canoa, una atarraya, los anzuelos, el hacha, la peinilla o machete y una vieja escopeta de fisto, colgada siempre sobre el fogón para que no se mohoseara, constituían la fortuna de Andrade y su mujer. Mas la tierra era pródiga y las matas daban para la subsistencia diaria, desnutrida, era verdad, pero el estómago, por lo menos no sentía la angustia del hambre.

---

Algún viajero llegando allí en su ruta hacia el Tolima, y procedente del uitotal, trajo una indiecita impúber, delgada, mansa y dócil como un cordero, un animalillo sin voluntad, agreste y no exacta de cierto atractivo juvenil y exótico por su misma naturaleza desconocida y salvaje. Me tomó afición y cariño, porque aun cuando yo no conocía su lengua, por señas reposadas y suaves me hacía entender por ella, le regalaba algunas baratijas y la trataba con dulzura.

Cuando le pedía "hogo toroy mare" me regalaba con los mejores y más bien asados plátanos hartones que no he vuelto a comer como esos nunca más, me sonreía pensativa y triste, y se afanaba por complacerme. La llamaban Raquel, y en las calladas noches, cuando todos dormían, en mi hamaca era pródiga, insaciable y ardiente como una cantárida.

En un deambular cotidiano del río a la ramada, y de éste al platanal, ora trayendo leña, ora cortando plátano, siempre atentos a las lecciones náuticas que Andrade nos daba con agrado para aprender la difícil maniobra de manejar con destreza el canaleta, la palanca y la canoa o curiara, arte imprescindible en aquellas tremendas soledades, donde solamente los lomos deslizantes de los ríos son caminos de tránsito de todos los caucheros en su lucha por la vida, pasaba nuestro tiempo.

En aquel sitio tuve oportunidad de presenciar lo que en el lenguaje regional se denomina como "subienda de pescado", y verdaderamente fue tal la afluencia de los peces que inundaron los cauces del Ortegusa y el Hacha, que casi no cabían en sus lechos. Centenares de miles de millones de bagres, bocachicos, doradas, sardinas, sábalos, barbudos, pataloes, cucharas, nicuros y otras especies, subían con un ruido de "guru guru" tan fuerte, que saliendo del agua se percibía distintamente a cien metros del río. Era un bello espectáculo el serpentear de fúlgidas aletas y vientres nacarados entre las espumas de la corriente. Tan profusa y abundante fue la pesca, que en pocas horas nos hartamos de verla y olerla.

Una buena tarde a la caída de un sol esplendoroso, regresaba solo de una roza que habían hecho y quemado para sembrar colinos, llevando sobre el hombro un as de leña por un senderillo paralelo al río, cuando de repente y casi sobre mis pies, lo atravesó una hermosa serpiente, más o menos de dos metros de longitud; estaba recién mudada y las escamosas equis negras que se cruzaban en su espina dorsal iban a perderse en el vientre en un fondo gris plata. Ágilmente se replegó sobre sí misma y su monstruosa y achatada cabeza se erguía sobre las espirales de su cuerpo con un rictus de tensión amenazadora y elegante, su lengua negra bifurcada se proyectaba hacia afuera de la boca con rápida intermitencia; la mandíbula inferior lo mismo que la garganta eran de color amarillo.

Estaba en presencia y casi en contacto con un "bothrops atrox" especie llamada en la región "matiguaja", que es sin duda la más ágil, peligrosa y tóxica de todos nuestros ofidios.

Con lentos movimientos, casi sin moverme, para no precipitar el ataque fulminante y certero, fui retrocediendo hasta salir de la órbita de peligro; ya en ella descargué la leña, corté con el machete una larga estaca y volví para matarla, pero era tan monstruosa, tan amenazadora y peligrosa, que yo que nunca tuve miedo de culebras, volví a retroceder sin atacarla, desvié el camino donde permanecía y me retiré feliz de no haber sido mordido por ella, porque si lo hubiera sido, no habría tenido tiempo ni para exhalar un grito de socorro.

